

Didáctica

Sobre la ética profesional

Juan Carlos Moreno Romo¹

Yendo al encuentro de un publico de estudiantes universitarios, en un México convulsionado por la corrupción de su sistema político, que se acelera, que deviene violenta, amenazadora, sombría, este breve texto pretende, deslindándolas de prejuicios y falsificaciones, desempolvar algunas nociones fundamentales de la ética, y la ética misma, para desde ella dar sentido a la ética profesional, comprometida con la generación de la sociedad, a través de la respectiva función profesional. Al fantasma de la corrupción se responde así con la noción de generación, que la aclara y la exorcisa.

«El pueblo debe luchar por la ley como por sus murallas»²
Heráclito de Éfeso

Se me ha invitado a hablarles de ética profesional, en razón precisamente de mi profesión, lo que de entrada pone en juego mi propia ética profesional. No es posible tocar este terreno quedándose refugiado uno en su condición de teórico, o de profesor de aula y examen, pues si hablar es ya una acción y una responsabilidad de suyo, lo es todavía más el hablar de la acción y de la responsabilidad de la acción. En este terreno no puede uno evitar el ser ejemplar, y si no se da uno bueno se dará un mal ejemplo. La

¹ Mexicano. Profesor e investigador en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro, y becario de la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología. Estudió en la Universidad Nacional Autónoma de México la licenciatura en filosofía, y actualmente prepara su doctorado en la misma disciplina en la Universidad de Ciencias Humanas de Estrasburgo, en Francia. El texto que aquí se publica es, con algunas breves modificaciones, el de una conferencia presentada en la División de Estudios Superiores del Colegio Anáhuac, en Tulancingo Hidalgo, México, en septiembre de 1997.

² Fragmento 44, en versión de José Antonio Míguez, en Parménides - Heráclito, *Fragmentos*, Aguilar, Buenos Aires, 1975.

aceptación de una invitación como esta no puede ser pues inocente o neutral, no puede estar exenta de efectos y por lo tanto de responsabilidades.

De entrada parece que quedo situado frente a un dilema: si no acepto venir a hablarles de ética profesional hago mal porque falto a mi deber de profesional, y de hombre, y si acepto posiblemente también haga mal asumiendo una responsabilidad que me rebasa.

¿Quién soy yo para venir a hablarles de ética, es decir de moral? ¿Y qué les voy a decir? ¿Me refugiaré acaso en un discurso moralista y conservador, o bien en uno amoralista y de vanguardia de esos que andan por ahí, ya hechos y a la mano de quien quiera usarlos, o incluso en la declaración de mi ignorancia que sólo podría reprocharme un improbable arrojador de la primera piedra? No puedo hacer nada de esto, pues me lo impiden a la vez mi deber y mi amor propio; y mi pudor de profesional además.

Tomo pues mis herramientas de trabajo, y comienzo a enfrentar esta tarea con una timidez que espero pronto desaparezca, pero que por ahora acepto como síntoma del respeto que mi labor, y que la presencia de ustedes me inspira. Debo luchar pues contra esta timidez original y es por ello que tomo el partido de escribir lo que ahora les digo, sacrificando la mayor viveza de una exposición oral a la seguridad que me brinda el llegar ante ustedes con este guión. Tomo pues mis herramientas de trabajo, y me pongo a la obra.

Analizando el tema que se me ha propuesto advierto de entrada implicada en él la polaridad individuo-sociedad, y ella me trae a cuento en seguida las categorías aparentemente opuestas de esfera pública y esfera privada. Por un lado tendríamos al individuo y su vida privada, es decir sustraída al dominio de los otros, y por el otro al profesional que en cuanto tal pertenece a la esfera pública, a los demás, a la sociedad, a la *res publica* para decirlo con los latinos.

Siguiendo esta misma inercia llegaríamos a las posiciones de quienes restringen la ética o la moralidad al ámbito de lo privado o “personal”, al fuero interno o a la conciencia de cada quien como se dice, volviendo por lo menos confusa o problemática su expresión, su existencia social o pública. ¿qué podría, desde una óptica como esta, significar la expresión “ética profesional”?

Quizá haya ya un germen de respuesta en la utilización de las dos palabras que vengo usando como si fueran sinónimas: la moral sería la privada mientras que la ética sería pública, en cuyo caso habría que preguntarse por la diferencia entre una y otra; o quizás pudiera interpretarse también a la profesión como otro nivel de interioridad o de privacidad, de “individualidad”.

No se alarmen si los confundo que de eso se trata en este momento, de dar voz a las posiciones que andan por ahí confundiéndonos, y sobre todo se trata de al enunciarlas interrogarlas también, avanzar los distingos.

Seguramente habrán oído hablar ustedes de la inmoralidad de la política, no sólo en el sentido lamento de quien la ve y la juzga, o de quienes la

sufren, sino también como una reivindicación de los más astutos, de los que no cometen la ingenuidad de confundir las cosas, las esferas pública y privada de las que venimos hablando. La política no tiene moral y los que como Madero pretenden jugar limpio son corderos entre los lobos, y todos sabemos la suerte que corrió el apóstol de nuestra democracia.

Seguramente todos ustedes conocen a gente que piensa así. Ellos están ricamente representados en la historia del pensamiento, en Maquiavelo cuando afirma que el fin justifica los medios y da consejos inmorales a los poderosos, por ejemplo.

Yo debo confesarles sobre la marcha que nunca he estudiado directamente a Maquiavelo y me mudo mejor a los textos que sí he leído, a Platón en el que un Calicles o un Trasímaco dan una expresión inmejorable a esta postura. El primero, en el *Gorgias*, afirma que “son los hombres débiles y la masa los que establecen las leyes” para “atemorizar a los que son más fuertes que ellos”, pero que lo justo es que impere, como en la naturaleza, la ley del más fuerte³. El segundo afirma al principio de la *República*, que “lo justo no es otra cosa que lo que conviene al más fuerte”, que “al hombre justo le va peor en todas partes que al injusto”, y que quienes obran de acuerdo a las leyes lo hacen o por candidez o por cobardía⁴.

En *Los trabajos y los días*, el primer texto que en Occidente aborda el tema de la ética del trabajo, el poeta Hesíodo nos cuenta el siguiente apólogo, dedicado precisamente a los poderosos:

«Un gavilán habló así a un ruiseñor sonoro al que había cogido en sus garras y se lo llevaba por las altas nubes. El ruiseñor, desgarrado por las curvas uñas, gemía; pero el gavilán le dijo estas palabras imperiosas: –Desdichado, ¿por qué gimes? Ciertamente, eres presa de uno más fuerte que tú. Irás a donde yo te conduzca, aunque seas un aeda. Te comeré, si me place, o te soltaré. ¡Malhaya quien quiera luchar contra otro más poderoso que él! Será privado de la victoria y abrumado de vergüenza y de dolores. Así habló el rápido gavilán de anchas alas⁵.

Nuestro contexto político, y política no sólo quiere decir política de partidos o gobierno, nuestro contexto político inmediato no parece estar muy lejos de lo que tales posturas señalan. Si por un lado hemos crecido los mexicanos de las últimas generaciones con una muy clara conciencia de la corrupción del poder, hoy asistimos a la corrupción de ese poder. ¿Pero qué significa aquí el término corrupción y por qué lo empleo dos veces?

Antes de responder a esta pregunta me parece oportuno explicarles brevemente qué es la ética o moral. Y ahí tenemos de nuevo esas dos palabras.

³ 483 a y ss. Me sirvo de la versión de Francisco García Tagüe, Aguilar, Buenos Aires, 1980.

⁴ Libro primero, secciones X y ss, i. e. 336 y ss. Cfr. la edición de Adolfo García Días en el número 12 de “Nuestros Clásicos”, UNAM, México, 1978.

⁵ Hesíodo, *Teogonía / Los trabajos y los días / El escudo de Heracles*, “Sepan Cuántos...” 206, Porrúa, México, 1972, p. 34.

Desde un punto de vista etimológico no hay diferencia de peso entre una y otra: la primera es griega y la segunda latina, eso es todo. Hoy preferimos hablar de ética porque la moral está sumamente desprestigiada, por que no es una palabra que goce de muchas simpatías. Las palabras se desgastan como las monedas, se pervierten y se desvirtúan sus significados. En una novela reciente de Oscar de la Borbolla⁶ se retrata a la moral como la mirada de reproche de una vieja que se guarda el momento de su muerte para cuando llegue a despedirla su nieta joven y bella, y llena de vida, para poder inocularle así un sentimiento de culpa en la conciencia. Aunque moral ha llegado a significar resentimiento e hipocresía, chantaje, no es eso lo que en esencia significa.

La ética tiene que ver con el ser del hombre, que es un ser inacabado y que requiere de una meta y de un destino a los que cada quien ha de encaimarse libremente y por sí mismo, por su propio esfuerzo que desde luego no es incompatible con el apoyo de los demás. La ética es la búsqueda de la felicidad como decía Aristóteles, la búsqueda de la perfección como dirían Descartes o Spinoza, o como dirían los medievales la búsqueda de la santidad. Del bien, insiste la voz de Aristóteles, recordándonos además que el bien es aquello a lo que todas las cosas aspiran. El bien es la plenitud del ser, y el bien de cada cosa es la plenitud de su ser.

No se trata pues de esa abuela remolona, de remordimientos y de negatividad, sino más bien de positividad, de afirmación y de acción, si bien es cierto que la negatividad y la prohibición han de quedar implicadas en la condición libre, y en las diversas opciones de la acción. Pero las prohibiciones y la negatividad deben tener en última instancia un sentido y una razón positivos, activos. Es preciso escoger lo bueno y en consecuencia es preciso también no escoger lo malo. Dicho de otro modo, es preciso optar siempre por lo mejor renunciando a todo aquello que no es lo mejor. Pero como lo mejor no suele ser lo más fácil, la prohibición de las salidas fáciles es un apoyo negativo, cuya finalidad desde luego sólo se cumple, y que sólo adquiere sentido en la realización de lo mejor.

¿Pero qué es lo mejor? Lo acabo de decir con Aristóteles, lo mejor es el bien, el Ser, Dios. Lo mejor en sí mismo, el bien en sí mismo es eso a lo que llamamos, o a lo que se le ha llamado Dios. Lo mejor para cada cosa en particular, y para cada hombre, y para cada profesión y para cada profesional, es su bien respectivo o la perfección de su propio ser y condición.

El hombre es muchas cosas, es decir, el ser del hombre se expresa en diversos niveles, y por lo tanto los bienes de un hombre son también diversos, y por supuesto que pueden entrar, y de hecho entran a diario en contradicción. De ahí que sea necesaria una escala de valores que nos permita decidir sabiamente entre huir a Inglaterra para sumarnos a la resistencia abandonando a nuestra madre vieja, sola y enferma, o quedarnos en la Francia ocupada por los alemanes y sufrir esta humillación faltando a nues-

⁶ *Todo está permitido*, Planeta, México, 1994.

tro deber de patriotas para salvar a nuestra madre vieja y enferma. ¿Qué somos primero, patriotas o hijos? ¿Qué es más valioso, la vida o la dignidad? Sartre opina⁷ que es la libre decisión del muchacho que le plantea este problema la que dará un valor a lo que sea que haga pero las cosas no están tan en el vacío como él supone.

Un hombre es muchas cosas: uno es, para empezar por lo de afuera, sus bienes y sus relaciones; uno es el propietario de su coche y el titular de su puesto, uno es lo que otros piensan de uno, y el poseedor de ciertas habilidades, y entre ellas de ciertas habilidades profesionales para hablar de lo que particularmente nos ocupa; uno es padre o es hijo, hermano, esposo, amigo, novio, compañero de trabajo, rival o aliado político, vecino... uno es amado o no lo es; uno es también su cuerpo, y su salud además del dinero y el amor; y uno es también uno mismo, es decir ese algo que entiende y quiere a lo que antiguamente se le ha llamado alma.

Es obvio que nuestro cuerpo vale más que nuestros bienes o posesiones, y que nuestras habilidades profesionales valen más que los títulos que las certifican, aunque a veces sin títulos no podamos hacer valer nuestras habilidades y aunque sin abrigo y sin comida nuestro cuerpo no pueda subsistir. Es obvio pero se nos olvida y terminamos sacrificando nuestra salud a la búsqueda del dinero y de los bienes, y la búsqueda del conocimiento a la de los papeles. Olvidamos la diferencia entre los medios y los fines; y nos olvidamos de la jerarquía de los bienes. Aunque hoy día parezca un poco osado me permitiré decirles que también es obvio que los bienes del alma son más importantes que los del cuerpo. No implica esto último un menosprecio del cuerpo, ni de los bienes materiales, ni de los papeles tampoco. Todo es importante aunque no todo sea igualmente importante. Y los medios por supuesto que son importantes. Los fines requieren de medios. La observación de que el cuerpo vale más que la comida que lo alimenta no es por supuesto una invitación a dejar de comer.

Los problemas que la vida nos va planteando no son siempre tan simples y tan claros como los de estos ejemplos. La vida es muy compleja y a veces muy oscura. Este tipo de análisis nos aportan en todo caso un poco de claridad. La ética como ciencia o como disciplina filosófica consiste en la búsqueda de este tipo de luces o de dilucidaciones capaces de orientar, de dar un oriente al actuar humano. Pero el conocimiento tiene desde luego sus límites.

Existe también, por otro lado, una ética empírica o tradicional, el ethos o carácter de un pueblo, sus costumbres, la moral, para decirlo ahora con esta palabra de origen latino que ha guardado mejor tal significado. Y existen también las leyes sancionadas por los poderes estatales. Y los mandamientos religiosos. Esta pluralidad no siempre acorde o unívoca desde luego

⁷ Cfr. *El existencialismo es un humanismo*, del que hay varias ediciones en español. En Ediciones del 80 aparece conjuntamente con la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger.

puede complicar las cosas, y puede también enriquecerlas. No es el momento para detenernos en el problema de las relaciones entre la razón, la fe y la tradición, pero sí para volver a la postura de Trasímaco y Calicles que bien podría interpretarse precisamente como un conflicto entre ley y ética, entre el bien del individuo astuto y fuerte y los intereses del estado y las enseñanzas de la moral tradicional y aun de la religión.

Retomaré solo uno de los elementos más importantes de la respuesta que en el primer libro de la *República* ofrece Sócrates a Trasímaco: hasta los malhechores, que para mejor conseguir su propio bien obran injustamente para con la ciudad o la colectividad en general, están obligados a comportarse entre ellos mismos con justicia, pues de lo contrario se disolvería su unidad y con ella su fuerza. En realidad se trata de una pequeña ciudad al interior, es decir, al exterior de la ciudad. Un pacto diferente que funda una entidad diferente. Hobbes y Rousseau también se dieron cuenta de esto, de que con el pacto social el hombre deja de ser lobo del hombre para constituir una entidad más fuerte que ha de buscar el bien de todos, y cuya salud depende de la vigencia y la operancia de las leyes que la vinculan.

Dije hace un rato que los mexicanos, que hemos crecido sabiendo de la corrupción del poder asistimos ahora a la corrupción de ese poder, e insinué que no me estaba repitiendo. Ahora puedo explicarlo. El poder era corrupto en relación al país, porque nos robaba y nos cometía injusticias, y los poderosos estaban corruptos en tanto que individuos cuando sacrificaban su dignidad de hombres y las partes superiores de su ser a la búsqueda desenfrenada y vil del poder, o de los poderitos, pero el poder en sí mismo, el partido o el estado formaban con todo una unidad y respetaban en general sus propias reglas; provocadoramente podríamos decir que respetaban su “ética profesional”. En los últimos años hemos asistido a la corrupción de esa unidad, y tal corrupción es a veces sumamente alarmante.

Pero creo que es una buena oportunidad para construir, finalmente, una verdadera unidad nacional en eso que se puede describir como nuestro arribo a la democracia, y como el triunfo final de Madero sobre los Victorianos Huerta que después se vinieron sucediendo.

Corrupción quiere decir muerte, disolución, y la vida es generación o cohesión, y así lo es por ejemplo en nuestro propio cuerpo, que también él vive una permanente corrupción. La vida se mantiene, la de nuestro cuerpo, porque lo que en él genera o cohesiona es mayor que lo que se corrompe o separa. Así sucede también en la sociedad, y si frente a los alarmantes signos de disolución en nuestro país tomamos en cuenta los también abundantes y alentadores signos de cohesión quizás haya lugar para un optimismo razonable.

Es posible incluso que podamos fundar por fin una verdadera república, más democrática y participativa y por ende más saludable, más unida. Pero la corrupción seguirá estando ahí como lo implica la naturaleza misma de las cosas.

Y no sólo son corruptos los políticos que anteponiendo sus intereses a los de la colectividad atentan contra los intereses de la misma y los desgarran por así decirlo; también una iniciativa privada en la que los propietarios no fueran sino explotadores por ejemplo, y unos profesionales y trabajadores de todos los niveles que antepusieran su interés personal al colectivo. Un filósofo que ejerciéndola mal desprestigia a la filosofía, un médico que atenta contra la medicina, un administrador que daña la economía de su empresa, o que para favorecer la economía de su empresa daña la del país, o que para favorecer la del país daña la de los otros pueblos, y la naturaleza misma... Sí, las cosas de nuevo se complican.

No basta con ser justo sólo en relación a los cómplices, ni tampoco basta con serlo al interior de la profesión o de la colectividad a la que pertenecemos. Debemos ser justos en relación al todo, pues pertenecemos al todo. De qué les sirve a los brillantes ingenieros, administradores, publicistas y etc., etc. de las grandes compañías transnacionales el éxito que puedan lograr al interior de las mismas si desde una perspectiva más amplia, a la que desde luego no se pueden sustraer, ese éxito es más bien un fracaso.

En su Apología, Sócrates debió defenderse de la acusación de corromper a la juventud, de volver malos a quienes lo rodeaban, argumentando que desde luego no era tan torpe como para cometer semejante crimen voluntariamente, a sabiendas de que se revertiría antes que contra nadie contra él mismo. ¿Pueden decir lo mismo, por ejemplo, nuestros exitosísimos medios de comunicación, y en particular la televisión mexicana que ha degenerado tanto en estos últimos años?⁸

⁸ Salí del agua y pude verla al regresar a ella. Recuerdo la asfixia de muerte de un pez varado en la arena, los ojos desmesurados y la boca boqueando inútilmente un oxígeno que no se nos da, porque no es el nuestro. Recuerdo mi regreso a México después de mi primera ausencia. El avión estaba lleno de mexicanos que aparentemente hacían el viaje con frecuencia y que al volver tenían o fiestas o partidos de tenis, u otros viajes a Nueva York o... Afortunadamente el azar me dio por compañeros de asiento a un par de campesinos que volvían maravillados de Bélgica, a donde habían venido gracias a un congreso de organizaciones no gubernamentales. Recuerdo la emoción ingenua que compartí con ellos y con un par de niños por cuanto pudimos ver desde las ventanillas cuando sobrevolábamos alguna ciudad, o el mar, o las montañas. Recuerdo sobre todo el íntimo entusiasmo, y la alegría que repetía para sí "¡México!, ¡México!", y cómo por fin el provinciano que soy pudo ver la belleza de la ciudad de México, que antes me había parecido siempre la más fea. Recuerdo el enojoso trato aduanal que no me dieron en el extranjero. Y la dicha de los niños de la calle que vinieron a recibirme al salir del aeropuerto – pues ellos son en sí mismos una gran riqueza, y es estúpidamente reductor el simplemente verlos como la encarnación de la "pobreza" o la "exclusión" con que los describe el discurso político-periodístico que los usa de pretexto para de vez en cuando rasgarse las vestiduras. Me hizo mucho bien el platicar con ellos, y el dejarlo que me ayudaran mientras yo les explicaba lo lejos que queda Francia. Recuerdo el metro, y lo familiares que me resultaron esas caras que nunca había visto y que nunca volveré a ver; y el polvo que tanto echaba de menos en aquellas ciudades tan asépticas. Recuerdo también el exceso de propaganda política, que ciertamente me chocó, independientemente del progreso que implicaba su pluralidad inusitada. Y recuerdo en fin el autobús de la Central del Norte cuyos televisores me rompieron el encanto: ya era lamentable cuando me fui, y en un año era increíble

Pero dije que no iba a darles un discurso de moralista y parece que termino con el mismo tono y hasta con los mismos tópicos. Y dije también que la ética no es un discurso negativo sino más bien uno eminentemente positivo.

En el título de esta charla se ha prometido además hablar de ética profesional. Lo he estado haciendo, por supuesto, y las consideraciones anteriores me parece que aportan algunos principios o claves fundamentales para una ética profesional. De lo dicho hasta aquí se desprende claramente, por ejemplo, la condena de todo mercenarismo en el ejercicio de nuestras profesiones, pues ello significaría mirar antes que por nuestra misión por un interés espurio y egoísta que acabamos de mostrar que es corrupto y que atenta contra la colectividad, y aun contra la profesión misma respectiva.

Para finalizar en un tono positivo pues, considero importante y pertinente recordar que el concepto central de toda ética, aparte por supuesto del concepto de bien, del que ya hemos hablado, el de virtud, es también un concepto eminentemente positivo. Virtud quiere decir la excelencia en el obrar, la areté que decían los griegos y que era el fundamento del aristos, del mejor. La virtud, que en le edad heroica significó para aquel pueblo la eficiencia y la valentía del guerrero homérico, y luego la inteligencia y la sabiduría de Odiseo, y más tarde el patriotismo de Tirtéo y la Justicia de Solón, fue reivindicada además por Hesíodo para exaltar el heroísmo del trabajo honesto en el que el hombre también podía hallar su justificación, como otros la hallaban en las hazañas guerreras o políticas.

Con nuestro trabajo construimos nuestro mundo, nos lo apropiamos y nos arraigamos en él. Y mientras otros dan las grandes batallas políticas o económicas que tanto ruido hacen en los medios, el campesino que se esmera por lograr los frutos de la tierra, el panadero que hace bien su pan, el artesano que elabora su obra con gusto y hasta con amor, y el obrero que en lo que cabe guarda una actitud de artesano, el comerciante que más allá de la ganancia piensa en el servicio que presta a los demás, en que a tal o cual cliente le vendría mejor tal o cual producto, como el vendedor de discos que favorece la venta de discos de calidad, y los recomienda a los clientes en los que ha percibido algo de gusto, el jardinero que le da vida y belleza a su jardín, como el médico que se cuida de nuestra salud, el burócrata que no nos hace caras, y que al contrario nos orienta, el optometrista que si los necesitamos nos prescribe los anteojos que alguien ha producido, y que le devuelven a nuestros ojos la calidad de visión que de otro modo ya no tendrían, y el ingeniero, el contador, el abogado, el arquitecto que ejercen bien su profesión, y el banquero que financia cual se debe, y el limpia parabras que de veras los limpia, los niños que para ganarse unos pesos se ofrecieron a ayudarme con mi maleta al salir del aeropuerto e hi-

cuánto había empeorado, y secuestrado en ese autobús la televisión mexicana me restregaba en el alma –como cuando provinciano llegaba por el norte a la ciudad de México y me repugnaba su olor– su apésta vulgaridad.

Sobre la ética profesional

cieron lo que pudieron, y encima me regalaron su inigualable conversación, quienes trabajamos damos diariamente millones y millones de pequeñas batallas con las que generamos y regeneramos nuestra casa común, el mundo humano en que humanos vivimos.

Abril 2000